

menos de aquel calorcillo que a cada sorbo se le desparramaba por todo el cuerpo haciendo que los brazos y las piernas le pesaran más de lo normal. Cuando la comida terminó la señora rezó una oración, todos se santiaguaron apresuradamente, el festejo había concluido. El señor le preguntó si había comido bien mientras se levantaba de su asiento, y el chico afirmó con la cabeza. La señora le dijo «hasta mañana entonces», y él volvió a mover la cabeza lanzándose escaleras abajo y deseando por encima de todo huir de aquel lugar.

Cruzó la Puerta Berrozana corriendo sin mirar atrás, como si huyera de un grave peligro, y cuando se dio cuenta de que no podía más, ya estaba en la plaza mayor, sudando como un pollo. Se sentó en un banco a la sombra de un castaño de indias, apenas había un par de viejos dormitando en otros bancos apoyados en las garrotas. En el portalón del Ayuntamiento un municipal se refugiaba del sol. Silverio se puso a pensar y no podía, algo le pesaba por dentro como al lobo del cuento las piedras que le metieron en la barriga; no conseguía recordar todos los detalles de lo sucedido, pero se había portado bien, no se rascó ni una vez. Intentó reconstruir, por si le preguntaban, cómo era el comedor y únicamente le quedaba la sensación umbrosa, cómo eran los hijos de los señores y sólo se le venía a la cabeza que eran unos hijoputas, cómo iba vestido el señor y recordaba el ruido que hacía al tomar la sopa, pero ¿la mesa era cuadrada o redonda? De primero había comida sopa de fideos, de segundo, garbanzos, de tercero, carne, tocino y chorizo, y al final, dos rajas de sandía, más la repetición de la sopa: eso lo recordaba bien, nadie se lo podía quitar del estómago. Pero ¿qué voz tenía el señor? ¿llevaba la señora la misma trabilla en el zapatón negro? ¿se había despedido de los hijos de puta de los hijos? Estaba demasiado nervioso, casi le daban temblores, pero era preciso inventarse alguna historia para cuando su madre le preguntase cosas concretas. Lo único cierto es que no se había rascado ni una sola vez, con lo que la comida del día siguiente estaba asegurada. Sin embargo, cada vez se sentía más agobiado por el calor, eran las horas más duras, la ciudad entera estaba durmiendo, los pájaros también. Le parecía que el sol burbujeaba sobre el empedrado, rebotando en mil destellos contra sus ojos en un culebreo que le hacía daño, hasta que empezaron a dolerle las sienes. Se acurrucó en el banco de piedra y se habría dormido tan ricamente de no haber sido por el sudor helado que le rodeaba el cuello, y por la cabeza, que se le iba igual que en las norias de feria. Sin saber por qué se palpó la barriga, ¿cuántos platos de garbanzos había tomado? ¿fueron dos o tres las rajas de sandía? Quizás así encogido, le dolería más; intentó levantarse y apenas pudo dar dos pasos vacilantes. Quizá le habían envenenado, al fin y al cabo ellos eran señoritos. Que su madre no se enterara de que había pensado algo semejante. ¿Habrían comido algo sus hermanos? ¿cómo podría ayudarles? Vomitando, se dijo con la vista borrosa, e inmediatamente le entraron unas ganas incontenibles de devolver, se estaba muriendo de la manera más tonta, qué sensación de irse. Lo fue echando todo a lo largo de mucho tiempo, a trompicones, no acabaría nunca. Los alrededores del banco quedaron hechos una pena y eso le hizo salir de allí pitando en cuanto la vista volvió a ser nítida, nadie se había dado cuenta, el municipal del Ayuntamiento había desaparecido. Cuando al fin se encontró junto a los suyos, todos lo miraban boquiabiertos, estaba más blanco que la pared y no pudo sino dar varios pasos hasta su jergón, sobre el que se dejó caer reventado.

Volvió a la casa de la Puerta Berrozana al día siguiente, al otro y al otro. No les contó lo del entripado por varias razones. Primera, los hijoputas de los hijos se hubieran reído de él. Segunda, no le habrían permitido repetir de ningún plato más. Tercera, el señor Zúñiga era médico y quizá le hubiese puesto una inyección. Y cuarta, no tenía aún la suficiente confianza como para meterse en una explicación tan larga; a lo más que se atrevía entonces era a contestaciones del tipo sí, no, bueno, claro, qué, eso, poco, basta, cosas cortas porque cada vez que abría la boca todos le miraban para burlarse, y ya tenía bastante con evitar que el vaso no chocara contra el plato ni el tenedor contra el cuchillo. Comer encima de un mantel era lo más peligroso del mundo, parecía tener un imán que atraía a las salsas, al agua y, sin embargo, nunca tuvo un solo fallo, mientras que una de las niñas, porque eran dos niñas y dos niños, siempre estaba vertiendo el vaso, comían mucho peor que él y no pasaba nada. Fue conociendo sus nombres: el mayor se llamaba Andrés; el otro, de su edad, Julián, y las niñas María y Teresa, cuatro idiotas que sólo sabían reírse, y es que en aquella mesa se hablaba bien poco, a lo mejor porque estaba él delante y no querían que se enterara de sus cosas, pero entonces, ¿por qué no le mandaban a la cocina? Quería decírselo a la señora, pero no se atrevía, no fuera a ser que se enfadase. Luego estaba el señor Zúñiga, con sus ruidos, cualquiera se atrevía a mirarle, ése sí que era un hombre serio, aunque a él nunca le dijo una mala palabra, tratándole, incluso, mejor que a sus hijos, a los que a veces echaba unas broncas terribles, sobre todo al mayor, que también tenía un genio de cuidado, y un día se levantó de la mesa mientras el padre le llamaba inútilmente a gritos. En ocasiones le venían a avisar, en mitad de la comida, para que fuera a ver a algún enfermo; soltaba dos tacos en voz baja, pedía su maletín y salía disparado, dejando la comida en el plato que fuera. Trabajaba también el manicomio de las locas, en la avenida del Puerto, por donde Silverio tenía que pasar todos los días para ir a su casa mucho más arriba, detrás de la plaza de toros. El manicomio estaba cerrado por un muro de piedra altísimo coronado por una alambrada de pinchos. Allí asomaban al atardecer las locas sus cabezas de tiesos pelos de bruja y ojos saltones, lanzando a veces risotadas que ponían la carne de gallina a los chicos que pasaban por delante. «¡Cagones! ¡Cagones!» les gritaban, y se reían como locas que eran, mientras ellos corrían calle abajo igual que almas en pena. También los compadres de Silverio, cuando se encontraban seguros, se llegaban al pie de la tapia y se ponían a llamarlas y a hacerles pedorretas. Al poco aparecía una cabeza, luego otra y otra, hasta que la línea de espinos se llenaba de cabezas enfurecidas que insultaban. Pero lo que les daba realmente miedo eran aquellos gritos guturales, chillidos de rata, aullidos de animal de caverna y sobre todo las carcajadas que parecían salir de un ataúd. Cuando el griterío se hacía escandaloso, llegaban los enfermeros con porras, según les habían contado, pues las cabezas desaparecían súbitamente y un silencio sospechoso se apoderaba del lugar. Silverio empezó a imaginarse al doctor Zúñiga tras el muro, mostrando a los enfermeros cómo había que apaciguar a aquellas mochales, asustándolas con las correas, dándoles bromuro o alguna otra medicina.

El caso es que sucedió que su hermano José, el segundo en edad, se había enamorado de una de las locas, una muchachita joven y muy seria (la mayoría eran viejas y escanda-

losas) que siempre se situaba al final de la tapia, en silencio, mientras las otras se excitaban con lo de ¡cagones! ¡cagones! Su hermano se ponía debajo, y así se pasaban los dos mucho tiempo, mirándose, sin decirse nada. La muchacha era guapa y tenía pelos de loca, pero no los ojos saltones. Una tarde, cuando todo estaba aún tranquilo, se le ocurrió a José silbar imitando a un gavián; al momento apareció ella y ya fue así todos los días. Él silbaba y emergía la cabecita de cabellera tiesa, se miraban hipnotizados, ajenos a todo, y al cabo de mucho rato ella se retiraba diciendo adiós con la mano muy despacio, mientras su hermano volvía a casa sin querer hablar con nadie, pensando y pensando, y es que parecía estar volviendo loco él también. Ninguno de la panda se atrevía a reírse, primero porque se hubiera ganado un guantazo, y después porque se daban cuenta de que si las demás locas respetaban a los novios, ellos tenían que hacer lo mismo.

Transcurrieron semanas, meses, y Silverio acabó por habituarse a la casa de los Zúñiga. El estómago iniciaba su reclamación a media mañana, en la confianza de que ya no habría fallos. Era consciente de que se estaba acostumbrando mal, pero hubiera sido idiota dejar pasar una oportunidad semejante, durara lo que durase. Al principio se sentía como desasosegado al volver a su casa con la panza llena y sus hermanos le miraban sin decir nada; tenían razón cualquiera que fuese lo que pensarán de él, pero ¿qué podía hacer? Lo que son las cosas del estómago: a las pocas semanas de haberse enseñado a circular con la barriga llena empezaron a pasársele los escrúpulos y acabó encontrando natural la situación; al fin y al cabo era una boca menos y ellos podían repartirse su ración. Fue entonces cuando aprendió que no hay nada tan egoísta como la andorga. Su madre trataba de que aquella desigualdad no los enemistara, y en cierto modo lo consiguió, porque ninguno le dijo nunca: ¿por qué tú y no yo? Sólo una vez tuvo Silverio un problema serio, y no por ese motivo. Ocurrió lo siguiente con José. Una tarde, al ponerse el sol, se instaló éste, como cada día, en la esquina de la tapia del manicomio, lanzó su silbido de gavián, que ya practicaba con auténtica maestría, y la loca no apareció; siguió silbando pero nadie se asomaba. Ni la novia ni las compañeras. José empezaba a impacientarse porque además le daba vergüenza que se le viera expuesto de aquella forma. Al cabo de un rato se fue con la cabeza baja, humillado y de mal humor. Los siguientes días ocurrió lo mismo. Al fin volvieron a asomarse las locas sin que la novia apareciera por ningún lado. Los hermanos le consolaban diciéndole que no se preocupara, que estaría enferma, pero a medida que pasaba el tiempo José se iba descomponiendo, les gritaba a las locas, les preguntaba en los más diversos tonos, y ellas se hacían las desentendidas. Intentó hablar con algún médico, pero el portero le respondía que, al no ser familiar de ninguna interna, no podía pasar. José, desesperado, pensaba en algún sistema para escalar el muro, juraba que mataría al vigilante de la entrada; luego empezó a acosar a su hermano para que hablara con el doctor Zúñiga, pero Silverio no se atrevía a dirigirle la palabra, y menos para una cosa así, algo sobre una loca de la que ni siquiera sabían el nombre. José le dio una semana de plazo para que adquiriese confianza, ni un día más. Transcurrió el plazo y no había avanzado nada, apenas seguía siendo capaz de soltar ante los Zúñiga una frase corta o insustancial. José no estaba dispuesto a aguantar más, le cogió del brazo a primera hora de la mañana y casi lo arrastró hasta la puerta del manicomio.